

El lenguaje infantil: una realidad oral

María Isabel Plaza del Río

La lengua es una realidad esencialmente oral. La importancia de la lengua, desde un punto de vista didáctico, consiste, en que, además de su función como instrumento de comunicación y de expresión, tiene un papel fundamental en la constitución del pensamiento. En efecto, si no tuviéramos palabras ni estructuras o fórmulas de expresión, la observación y la percepción de las cosas dejaría en nosotros huellas efímeras que pronto desaparecerían. Ahora bien, el cúmulo de formas expresivas que posee una lengua es la aportación de muchas generaciones, de infinidad de usuarios que la han ido transmitiendo en forma oral, por esto, «la lengua oral es la única lengua digna de este nombre, de la cual la escrita es una transposición o una deformación»(1).

Esta realidad, el lenguaje, es desconocida para el niño recién nacido que al llegar a este mundo no sabe hablar. La capacidad para hablar la adquiere y la desarrolla gradualmente al lado de su madre. La madre, con sus sonrisas, con sus miradas, con su afecto y con el sonido de su voz que ya le es familiar desde antes del nacimiento, es la que inicia al pequeño en el lenguaje, en el ritmo, en la entonación y en la melodía de las palabras.

Durante los primeros meses de vida, el lenguaje materno está impregnado del afecto y la seguridad que tan necesario les resulta al niño en estos momentos. De este modo, paulatinamente, se va desarrollando en el bebé el interés por descifrar el significado de esos sonidos que salen de la boca de su madre y que le suenan tan dulcemente cuando ésta lo mece, cuando lo amamanta o, cuando tras el baño, juega con él.

Es la madre la que le sirve de estímulo lingüístico (lenguaje materno), es la que provoca su atención, y es el primer modelo al que el pequeño tratará de imitar como el medio más inmediato para poder conseguir su propio lenguaje.

El descubrimiento del lenguaje es para el niño como un juego maravilloso; primero, la voz de su madre; después, el descubrimiento de su propia voz; más tarde, empieza a comprender significados, (la comprensión de palabras precede siempre a la producción de las mismas) y, por último, titubea, repite una y mil veces sus propias «primeras palabras».

En este juego fascinante, intervienen en un principio sólo dos jugadores: su madre y él, en un acto extraordinariamente simple de comunicación afectiva entre un emisor (madre) y un receptor(hijo). Las primeras vocalizaciones maternas son contestadas por el hijo al mismo tiempo que levanta los brazos hacia ella y busca sus ojos, ya que, la mirada es el vehículo indispensable para que el acto comunicativo se realice. En este elemental juego lingüístico, los papeles se reparten equitativamente, si la madre no interviene, no actúa, el niño no contesta, no se suscita su interés por aprender ese lenguaje materno que tan atrayente y misterioso le parece. A partir de este momento, el pequeño aprende con avidez, con una enorme prisa por descifrar y conocer esas etiquetas verbales que designan a las cosas y a las personas.

Vemos cómo, en estos primeros momentos de lenguaje infantil, la imitación encierra particular importancia, sobre todo, en el campo de la pronunciación de fonemas, en la acentuación y en la entonación. Se trata, pues, de una actividad, motivar una actividad es relizarla en respuesta a una necesidad sentida por el niño, es decir, como satisfacción de sus intereses profundos. Ahora bien, esta actitud favorable hacia el lenguaje es también una disposición muy favorable hacia la literatura infantil. Las manifestaciones literarias que el pequeño conoce le han llegado a través de su madre: Canciones de cuna, sencillas canciones rimadas, juegos en los que interviene la palabra y el movimiento...

Es esta una antiquísima costumbre que se transmite de generación en generación, es la literatura dentro del hogar y es el niño ávido de sensaciones nuevas que se familiariza con ellas al mismo tiempo que con la lengua. La literatura infantil es también una magnífica didáctica de la lengua, ya que la palabra comprendida y aprendida adquiere ahora a los ojos del niño una musicalidad, un ritmo y un interés completamente nuevos para él. La palabra se hace mágica, y mediante la literatura encuentra en el niño a un receptor siempre dispuesto a escucharla.

Teniendo en cuenta que la palabra más apropiada, la más funcional, es la que se pronuncia en relación con los intereses del niño en sus distintos períodos de desarrollo y en relación al grado de madurez adquirido en el aprendizaje, el cuento es el exponente máximo de este interés del pequeño por la literatura. El cuento es palabra hablada que desde un principio fue transmitido de padres a hijos en forma oral, de tal manera, que va diluyéndose a través de los siglos. Para el pequeño el cuento y el juego constituyen una fuerte constante de intereses y actividades. La madre es la primera narradora de cuentos que conoce, más tarde, en la escuela, será el profesor el que se encargue de ampliar su cultura en todos los aspectos.

En preescolar, el placer por la literatura es sobre todo auditivo. La vía oral es de una importancia decisiva y el modo de decir de la madre o, más tarde, el del maestro, influirá en el grado de comprensión y madurez lingüística infantil.

El niño no es por esto un receptor pasivo de la literatura, por el contrario, contribuye con múltiples tonalidades creativas, afectivas, y sobre todo, con una variedad de situaciones intelectivas que implican actividad. La funcionalidad de la literatura se origina en las necesidades e intereses de la psicología infantil. Si la literatura cumple esta finalidad, las posiciones de la enseñanza y del aprendizaje son de carácter activo, de este modo, el profesor y el alumno forman una comunidad en pleno ajuste, con la satisfacción de propósitos de valor inmediato.

En la palabra oral, que es una forma de literatura, cabe una riqueza infinita de contenidos. El prestigio de las palabras depende fundamentalmente de su intencionalidad, de sus significados y de su esencia. La literatura es la relación constante y equilibrada entre contenido y forma, pues bien, ese contenido, según el nivel intelectual en que debe manifestarse, tiene que buscar «las formas adecuadas de expresión»: Esto es literatura infantil.

Por último, terminaré resumiendo el contenido de esta exposición en una sola frase « La palabra oral es excelente dos veces, una por ser lengua y otra por ser literatura».

Bibliografía

- BALLY, Ch.: *El lenguaje y la vida*. Ed. Losada, Buenos Aires, 1964. Pág. 115
RONDAL, J. A.: *Lenguaje y educación*. Ed. Médica y Técnica, Barcelona, 1.980.
SPITZ, R.: *El primer año de vida del niño*. Ed. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1979.